

El poder perenne

Jorge G. Castañeda

La pasión latinoamericana por perpetuar el poder propio no se limita a un fenómeno superficial, pasajero, condenado a desaparecer conforme los países de la región se modernizan, se democratizan, se globalizan. Al contrario: la mejor prueba de la obstinada persistencia de esta tendencia reside justamente en su resurgimiento, en un nuevo contexto, bajo nuevas formas.

Tal y como se anticipaba, el pasado domingo 28 de mayo, los peruanos eligieron de nuevo presidente a Alberto Fujimori. Durante una segunda vuelta llena de irregularidades y donde su temerario retador, Alejandro Toledo, decidió no presentarse a última hora; el desenlace abre la puerta a que el “Chino” presida los destinos de la nación andina hasta el 2015 —si su salud se mantiene—, es decir, durante 15 años. De poco habrán servido las protestas, desde Washington hasta sectores de las Fuerzas Armadas, las denuncias de fraude, el millón de firmas falsificadas para registrar su candidatura, las repetidas, fútiles y justas quejas de la oposición por el uso ilegítimo del aparato de Estado para asegurar la reelección, etcétera. Fujimori cabalga de nuevo, y por mucho tiempo.¹

Ahora bien, más allá de los innegables atropellos a la institucionalidad democrática, lo interesante del caso peruano tal vez yace en la recurrencia de un comportamiento antiguo, de ya más de un siglo en América Latina. Es cierto que en todas partes se cuecen habas: Helmut Kohl duró 16 años como canciller

¹ Este artículo fue escrito antes de que Alberto Fujimori declarara sorpresivamente su renuncia.

alemán; Francois Mitterrand residió 14 años en el Palacio del Eliseo, y Felipe González encabezó el gobierno español durante 13 años, y ni siquiera vale la pena recordar los otros inolvidables ejemplos ibéricos: Francisco Franco y Antonio de Oliveira Salazar. Pero la proclividad latinoamericana por la permanencia en el poder reviste ciertas peculiaridades, y no puede ser asimilada a determinados y excepcionales casos europeos. Más aún, la perplejidad provocada por la tendencia latina consiste justamente en su falta de excepcionalidad, o, si se prefiere, en la persistencia, en un nuevo contexto democrático, de un patrón de conducta ya secular en la América hispana.

Y es que los latinoamericanos casi inventamos los eternos reinados no monárquicos, empezando, por supuesto, en el siglo pasado. Abundan los ejemplos, desde Rosas hasta Porfirio Díaz, que tuvo la singular suerte de ver transitar su dictadura de un siglo a otro: sus 35 años en el poder, si no en la presidencia de México, duraron de 1876 hasta 1911, y con algo de suerte y sensatez se habrían podido prolongar poco más. En el siglo xx se generalizó la predilección —y el talento para consumarla— por la sempiterna estancia en el poder, ahora autoritaria a ultranza, ahora benigna y hasta caricatural en su autoritarismo. El actual detentador del récord abarca ya los siglos xx y xxi: Fidel Castro, que como todo pequeño colega de Elián González bien sabe, lleva 41 años en el poder y carece por completo de cualquier intención de abreviar su periodo. Pero otros se han acercado a las metas alcanzadas por Fidel, y sus esfuerzos no son despreciables: Alfredo Stroessner en Paraguay se mantuvo en el poder durante 35 años; Juan Vicente Gómez llegó a la presidencia de Venezuela en 1909 y allí murió, en 1935; Getulio Vargas, a veces electo, a veces no, capitaneó el rumbo de la nación brasileña desde 1930 hasta su suicidio en el Palacio de Catete, en 1954; Rafael Leonidas Trujillo condujo el triste destino de la República Dominicana durante 31 años. Y si sumamos a otras glorias continentales como la dinastía de los Somoza, Papa Doc Duvalier, José María Velasco Ibarra en el Ecuador, Pinochet en Chile y el PRI en México, comprobamos que la lista y los años de continuidad son largos, casi interminables.

Las razones también lo son. Desde el porfiriato en México, y en casi todos los casos citados, las sociedades latinoamericanas víctimas de esta tenaz persecución del poder perenne, no fueron tan reacias o adversas ante su aparente

desgracia. Después de años de inestabilidad, caos, desorden, golpes, pronunciamientos, insurrecciones, ejecuciones, asesinatos, retroceso económico y fragmentación social, los pueblos de América Latina aceptaron un remedio doloroso pero eficaz ante un dilema para el cual obviamente no poseían otra solución: cómo contender por el poder y transferirlo de manera regular, pacífica y, de preferencia, democrática. En ausencia de respuestas adecuadas, mejor resolver el problema borrándolo: el poder no se transfiere, se conserva. Los motivos tanto del embrollo como de la salida son conocidos: es mucho poder el que estaba, y está, de por medio; no fue (no ha sido) posible construir las instituciones, los procedimientos, las costumbres o la cultura política indispensables para atacar este mal secular de tantos, en tantas latitudes, ya que la desigualdad latinoamericana daba (da) al traste con intentos liberales, republicanos, democráticos y ordenados, y las élites regionales concentraban un grado tal de poder económico que el poder político resultaba inseparable del primero. Para los aspirantes, los riesgos de perecer perdiendo el poder o sucumbiendo en la lucha por el mismo parecían —con toda razón— infinitos; para los vencedores, se antojaba irresistible la tentación de liquidar a los vencidos antes de que dieran vuelta a la tortilla.

El tema ha obsesionado a políticos, politólogos, historiadores, y sobre todo a excelsos novelistas, por definición los mejores analistas de fenómenos de tan singular complejidad. No en balde algunas de las grandes obras literarias del último siglo —desde *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán hasta *El otoño del patriarca* y *Yo el supremo*, de García Márquez y Roa Bastos, respectivamente— se han centrado en el estudio, la descripción y el misterio de la contienda despiadada por conquistar y conservar un poder latinoamericano sin límite. La fascinación no cesa: la última novela de Mario Vargas Llosa, *La Fiesta del Chivo*, no es sólo una narración minuto por minuto del día en que la CIA y varios agraviados y resentidos conspiradores asesinaron a Trujillo en la ciudad que en aquella época portaba su nombre, sino que también ofrece, en ocasiones con ironía involuntaria, una explicación perceptiva de por qué los dominicanos aceptaron la tiranía de El Chivo durante 31 años.

De tal suerte que la pasión latinoamericana por perpetuar el poder propio no se limita a un fenómeno superficial, pasajero, condenado a desaparecer con-

forme los países de la región se modernizan, se democratizan, se globalizan. Al contrario: la mejor prueba de la obstinada persistencia de la tendencia reside justamente en su resurgimiento, en un nuevo contexto, bajo nuevas formas. En años recientes, varios presidentes de América Latina en funciones han intentado la reelección; todos aquellos que lograron inscribirse en la boleta han visto coronados de éxito sus esfuerzos. El propio Fujimori fue reelecto en 1995, así como Carlos Menem en la Argentina; este último lo intentó de nuevo el año pasado, y muchos protagonistas de la política argentina pensaron que de haber podido presentar su candidatura, el presidente presuntamente peronista habría triunfado, como lo hizo Fernando Enrique Cardoso en 1998. Un intento fallido y enigmático —el de Carlos Salinas en México en 1994— perdió por una nariz; Hugo Chávez organizó tan bien sus asuntos —con una Constitución tallada a la medida— que puede permanecer 13 años en el poder, una vez que ha quedado librado el primer escollo que le presentó su antiguo compañero de armas, Francisco Arias Cárdenas, en las elecciones presidenciales del pasado mes de mayo.

A nadie debe extrañar este desempeño de los salientes. En cualquier país resulta difícil derrotar a un mandatario en funciones; la inercia, el aura del poder, el aparato, prácticamente imposibilitan una derrota, salvo en condiciones catastróficas —Jimmy Carter, en 1980— o de franco hastío —Felipe González, en 1995. Pero en América Latina, donde la separación entre Estado y gobierno, el clientelismo, la manipulación de los medios de comunicación la intimidación y el hostigamiento de los adversarios es de otra magnitud, la dificultad se torna extrema. Por eso, quizás el tradicional y desubicado liberalismo latinoamericano procuró siempre desterrar la reelección, con éxito relativo: se prohibía la reconducción democrática, sustituyéndola el golpe de Estado o el poder tras el trono. Es una mala idea la reelección, pero obviamente a los presidentes y a los votantes —tanto los más como los menos libres— les agrada. Ahora sólo falta que Fujimori cambie de parecer y se presente de nuevo en el 2005, junto con Menem y Chávez: un tercio de reyes electos por el sufragio universal. ❧

Historia de historias en ***Estados Unidos***

Thomas Bender
Mauricio Tenorio Trillo

Por así decirlo, sucede que Estados Unidos se cansa de ser sí mismo. En la última década, varios historiadores estadounidenses se han embarcado en una autocrítica que va del desengaño ideológico de la postguerra fría a lo que Tom Wolfe llama “marxismo rococó” (una suerte de abigarrado sentido de culpa izquierdoso, políticamente correcto). La autocrítica se ha decantado en la convicción de que se ha agotado la narrativa triunfalista y parroquial que caracterizó la historia nacional de Estados Unidos.

Con esto en la trastienda, varios historiadores estadounidenses y extranjeros nos hemos reunido en distintas ocasiones para ventilar, “a calzón quitado”, qué es esto de una historia no nacionalista para la nación modelo de los relatos nacionales. En este experimento, son de reconocerse los esfuerzos de distinguidos historiadores como David Thelen, Thomas Bender, George Fredrickson y John Higham, y de la *Journal of American History*, que promovieron contra viento y marea este experimento autocrítico, nada fácil para cualquier historia patria. Estas son, lector, las anotaciones de un diálogo historiográfico, las cuales presento en forma de plática con Thomas Bender, uno de los más agudos y perspicaces historiadores estadounidenses de hoy; un intelectual de Nueva York preocupado lo mismo por indagar el pasado, imaginar el futuro, la historia de su ciudad, que por su papel como académico, intelectual y ciudadano en su país, su mundo y su tiempo. El texto es el resultado de los encuentros promovidos por el propio Bender y David Thelen, así como de las respuestas de

Thomas Bender a unas cuantas preguntas que se derivaron directamente de la reflexión inicial. Creo que esta discusión es de interés para las historiografías escritas en castellano, ya sea como llana invitación al estudio histórico de Estados Unidos desde afuera, o como crítica a lo que aún hoy parece insuperable, a saber, la historia como un conjunto de circunloquios nacionalistas. Además de las reflexiones iniciales, seguidas de las lúcidas y detalladas respuestas de Thomas Bender, incluyo una breve guía bibliográfica para asistir al lector interesado en esta nueva querrela, algo más que necia riña casera de historiadores.

I. PORMENORES

En 1922 dos prominentes intelectuales estadounidenses, Van Wyck Brooks y Harold E. Stearns, concibieron un libro de ensayos sobre el tema “La civilización en los Estados Unidos”. “Deseosos de evitar”, decía Stearns, “la simple crítica irrelevante, y ávidos de mantener la atención en nuestro tema y no en el estudio de meras personalidades, dispusimos que todos los autores incluidos en el volumen deberían ser ciudadanos estadounidenses”. De alguna forma las cosas han cambiado radicalmente. Ahora a nosotros, los *aliens*, los extranjeros, se nos convida a opinar sobre la historia de Estados Unidos. Vaya ironía: a principios del siglo XXI, cuando el imperio parece más triunfante que nunca, *wonder* (duda, auto duda) resurge en Estados Unidos, resuena la vacilación ante su propia historicidad. Enhorabuena. Por cierto que desde hace mucho necesitábamos todas las historias, todos los historiadores, una historiografía estadounidense menos nacionalista. Éramos legión los que pedíamos a gritos esta “internacionalización”, pero no sólo de la historia que lleva por título “The United States”, sino que también alcanzara el repensarse de una era. Ojalá que esta duda se renueve periódicamente para que el pasado recupere la extrañeza perdida en la maraña de certezas nacionalistas de toda índole; que este reexamen constituya un resurgir de un pasado ante el cual, una vez más, todos nosotros, los historiadores, seamos “*aliens*”, pero, no obstante, también residentes legítimos, toda vez que somos inexorablemente portadores de las tribulaciones y enigmas modernos. En verdad, estas dudas nos hacen caer en la identidad de la que nunca hemos salido: el historiador, de aquí o de allá, como *metoikos*, el

término griego (“residente extranjero”) con que T.S. Eliot, ese estadounidense profundamente antiamericano, solía firmar sus cartas.

Sea bienvenido este regreso al autocuestionamiento posnacionalista en los Estados Unidos (la cosa más cercana a una “federación mundial”, decía en 1916 el clarividente pacifista estadounidense Randolph S. Bourne). Pero ¿cómo y cuándo salió a relucir la internacionalización o transnacionalización de esta robusta historiografía nacional y nacionalista? Más aún, ¿cómo puede un extranjero contribuir con algo importante a este nuevo sentimiento de duda y extranjería en la historiografía estadounidense, tan productiva y vasta?

Consciente de mis propios límites disciplinarios, creo posible e importante imaginar una perspectiva anacional o posnacional para las historias nacionales, especialmente para la historia de la nación “Estados Unidos”. Sin duda, la historiografía estadounidense continuará siendo una empresa hartamente especializada, inmensa y muy marcada por las obsesiones domésticas. Pero el surgir de una visión menos parroquial, más anacional y cosmopolita, serviría de contrapeso a un relato patrio de por sí poderoso. No obstante, la desnacionalización de la historia estadounidense, y por tanto de la historiografía de los tiempos modernos, es una faena espinosa. Requiere no sólo de la reiterada interdisciplinariedad, sino también de una erudición para la cual no nos prepara nuestra actual vida académica. Es más, tan tremenda faena requiere de una conciencia, casi de un inconsciente, posnacional, que estamos lejos de visualizar aún, al menos nosotros, a fin de cuentas meros historiadores. Empero, creo que debemos al menos acariciar la posibilidad de un verdadero nuevo punto de vista, aunque no sea aún el nuestro.

“LOOPS” HISTORIOGRÁFICOS

Acaso hoy creemos estar rumbo a un mundo postodo, pero intelectualmente, en los prestigiosos círculos académicos estadounidense estamos, simplemente, de regreso; de vuelta a la duda, al escepticismo nacional, político y filosófico. Los antropólogos de hoy hablan de un soberano nuevo: las comunidades transnacionales de la posmodernidad. Los historiadores tenemos bien sabidas viejas diásporas que configuraron toda suerte de comunidades “transnaciona-

les” en serio, multiétnicas, políglotas: la capital de la Nueva España en el siglo XVI, Nueva York, Chicago, Buenos Aires a fines del XIX. Sin embargo, también es ley admitir nuestra culpa, pues la nación ha sido la principal y casi única preocupación de nosotros, los forja patrias. Esto no quiere decir que no haya habido desde siempre dudas sobre esta obsesión nacionalista en la historia. Estadounidenses como Randolph S. Bourne o W. E. B. DuBois son los mejores ejemplos de ese ambicionar una nación menos centrada en las alegorías anglosajonas, de lograr una historia más plural y ecuménica. De hecho, el propio relativismo filosófico —del cual nos asumimos, en las universidades estadounidenses, creadores y amos— floreció tupidamente dentro de la supuesta hiperempírica tradición estadounidense. Nada nuevo. Todavía más: cierto tipo de transnacionalismo se enraiza firmemente en la tradición historiográfica estadounidense, de una manera impensable, por ejemplo, en la historiografía mexicana o argentina. Los padres fundadores de la historia en Estados Unidos fueron, qué duda cabe, patriotas, pero con frecuencia también estuvieron más que abiertos a visualizar otras realidades. Plenos de excesos nacionalistas, historiadores como George Bancroft, Hubert Howe Bancroft, Washington Irving, William Prescott o, más cerca a nosotros, Herbert E. Bolton fundaron la nación en letra sin perder de vista —y siempre en contraste con— otros horizontes. Resulta irónico, especialmente en el caso estadounidense, que la profesionalización completa trajera consigo una mayor parroquialización de la historia de Estados Unidos, aunque también el progreso de historiografías de otras partes del mundo hechas desde y para Estados Unidos.

Con todo, los aires académicos del Norte americano vienen hoy cargados de un sabor de pérdida, de búsqueda de nuevos paradigmas. Los grandes modelos holísticos han fatigado su prestigio teórico y político. Se busca una nueva utopía renovada, ¿alguien la ha visto? Porque para los verdaderos *American scholars*, en el sentido emersoniano, la búsqueda del paradigma es también la sed de una nueva esperanza moral y política, de una nueva manera de dar a su oficio un significado trascendente. Pero los tiempos nos juegan bromas insalvables, y las búsquedas postodo de nuevos paradigmas y utopías —emprendidas en aparente total escepticismo, con sangre fría en la crítica y bajo el más absoluto relativismo— van de la mano de la incuestionable aceptación, casi

premoderna, casi escolástica, del *status quo* académico en que vivimos, del estilo de vivir de nosotros, los de toga y birrete. “Mucha rutina, no suficiente paz; mucha calma, pasión insuficiente”, dijo de la academia el historiador Charles Beard, ya en la década de 1920. En fin, que no estamos inventando sino regresando a la duda, la autocrítica y la incertidumbre en la escritura de la historia, y lo hacemos como historiadores institucionales e institucionalizados; seamos, pues, sabios y modestos al respecto de nuestra propia capacidad de duda.

La historia de Estados Unidos es hoy más grande, más productiva y especializada e, inclusive, más tolerante y multicultural que nunca antes. Sin embargo, sigue siendo una historia estrictamente nacional y muy frecuentemente nacionalista, con tonos imperiales. Una historiografía que parece no tener centro (como ha mostrado Peter Novick) pero que es, como pocas, autocontenida y doméstica. Cualquiera que sea el estilo de escribir historia que salga del actual renacimiento de la autocrítica cosmopolita, el mensaje parece claro: “*never more, never more*” el nacionalismo poderoso y ramplón que regía en la historia. Todas las historiografías del mundo deben dar los parabienes a este regreso a la incertidumbre en lo que ha sido supuestamente la historia epítome del éxito moderno occidental.

¿POR QUÉ ESTADOS UNIDOS?

Cuando hablamos de transnacionalizar o internacionalizar la historia, queremos decir la historia de los tiempos modernos. La modernidad creó y mezcló las historiografías nacionalistas y los axiomas modernos (ciencia, racionalismo, humanismo, secularización...). Es esta la era cuya historia vemos necesitada urgentemente de una desnacionalización. Y no hay manera de reflexionar esta historia sin una doble reconsideración de la historia estadounidense. Por un lado, ver la historia de Estados Unidos con un sentido renovado de extranjería, de extrañamiento; por otro, apropiarse esta visión nueva de la historia estadounidense para lograr un nuevo entendimiento global de los tiempos modernos.

Por eso es que la desnacionalización de la historia parece estar especialmente dirigida hacia la historia estadounidense. El agudo contraste entre, por una parte, la imagen de Estados Unidos como el arquetipo de la modernidad

y, por otra, su historiografía etnocéntrica y parroquial, si bien sofisticada, hace de la historia de Estados Unidos la meta principal de cualquier perspectiva transnacionalizadora o desnacionalizadora.

Sería poco pedir el decir que la historia estadounidense debe adquirir un tono menos nacional para superar su nacionalismo y su secreta visión imperial. Historiografías nacionalistas son de esperarse en cualquier Estado-nación moderno. Pero la historia estadounidense es especial: se trata de una inmensa disciplina hiperespecializada e hiperinstitucionalizada, superpuesta a una peculiar fórmula historiográfica, la cual es a la vez patriótica y científica, una historia mítica pero meticulosamente investigada. Tal mescolanza de factores institucionales, intelectuales y míticos ha generado la impresión de una historiografía que se sustenta a sí misma y que no necesita mirar hacia el afuera geográfico o cultural, y menos requiere mirar el adentro con ojos de extrañamiento o extranjería. Para esta visión historiográfica, la propia historia no ha sido la última frontera —como sugirió alguna vez el filósofo Louis Mink—, sino la nación, la gran *Amérique* y sus inolvidables y modernas promesas universales.

El campo de la historia de Estados Unidos es tan amplio y competitivo, que no podemos esperar ni grandes aportaciones extranjeras, ni una gran apertura estadounidense hacia afuera. A pesar del nacionalismo y falta de profesionalización de otras historiografías nacionales, el parroquialismo de éstas palidecería ante la sofisticada *narrowness* que rige los debates historiográficos de la academia norteamericana. Pero irónicamente, al mismo tiempo la academia norteamericana ha producido historiadores que trabajan todas las partes del mundo. Por ello, casi todas las otras historias nacionales son más comparativas, limitadamente transnacionales, que la historia estadounidense. En una palabra, siempre hay un “gringo” en nuestras historias. Las historias de Francia, Inglaterra, India, Japón o China, escritas en inglés y en los Estados Unidos, con sus increíbles recursos bibliográficos y humanos, dan para una buena cuota de desnacionalismo o transnacionalismo.

La caída de viejos imperios, y la expansión del estilo académico estadounidense, ha servido para desparroquializar viejas historias imperiales. Por ejemplo, piénsese en la historia de España escrita en español *versus* la escrita en inglés. O en la historia británica de la posguerra, o en el contraste entre la his-

toría francesa escrita en inglés y la escrita en francés. Pero este tipo de despa-rrouialización no ha ocurrido en la historia estadounidense, donde el imperio está vivo y coleando, y donde los historiadores pueden prosperar académica-mente en subcampos, cada vez más pequeños, de una manera monolingüe y monotemática, a pesar de la importante crítica interna de la década de 1960.

Creo que la historia de Estados Unidos no alcanzará la profundidad desea-da sin una perspectiva transnacionalizadora, internacionalizadora o desnacio-nalizadora. Pero también creo que la historia de los tiempos modernos no pue-de ser bien entendida sin la apropiación masiva de la historia de los Estados Unidos. En efecto, una historia estadounidense menos centrada en la gran na-ción sería un componente esencial para la escritura de la genealogía de todas las cosas modernas. A principios del siglo XXI, otro *American Century*, la historia de la modernidad necesita desnacionalizar la historia de Estados Unidos para hacerla decir un relato diferente del mundo moderno.

¿CÓMO?

Hace ya tiempo que existe una suerte de transnacionalización de la historia de Estados Unidos. Se trata, en realidad, de una lucha interna por escribir lo que Bolton sugirió en 1933, a saber, “un tratamiento más amplio de la historia esta-dounidense, para complementar la presentación puramente nacionalista a la que estamos acostumbrados”. La nueva investigación en este talante cambiará sin duda varias partes del relato estadounidense. Pero este ejercicio, esencial-mente comparativo, necesitaría ir un poco más lejos. Por supuesto, sólo poded-mos elucubrar cómo sería una historia sin un contenido nacional. Pero eso no debe detener nuestra reflexión. ¿Podemos imaginar una escritura de la histo-ria que, aunque inmersa en el escenario del Estado-nación, aunque utilice al Estado-nación como unidad básica de análisis, relativice el peso de la nación? ¿Podemos concebir historias culturales, sociales o económicas que cuenten el devenir de experiencias modernas, una de cuyas características, no la más im-portante, es la de ocurrir en diferentes contextos nacionales? ¿Es posible escri-bir historias de cruces entre naciones sin tener en mente ninguna nación en particular, historias para ninguna nación?

Este es el reto. Los tiempos modernos, y Estados Unidos como la expresión esencial de ellos, ofrecen innumerables posibilidades para escribir la experiencia humana anacional. Si relativizamos la importancia y la épica de la nación que la modernidad produjo, obtenemos la verdadera escala global del descontento social, de las calamidades humanas, la contaminación, la desigualdad, el despojo, la felicidad y el temor. De hecho, esto lo aprendimos de lo mejor de la historia laboral de las décadas de 1960 y 1970. Los tiempos modernos están marcados por la generalización de fenómenos que difícilmente pueden ser reducidos a su ocurrencia nacional: la ciencia, la industria, la exploración, la experimentación cultural, la fascinación intelectual moderna, el desencanto de la modernidad misma. Todas estas cosas no sólo sucedieron en todo el mundo, sino que fueron posibles precisamente gracias a su vastedad mundial. Son cosas a las que les queda corto el cincho de la nación: la historia universal de la infamia, de la ecología, de la esclavitud, de las políticas sociales siempre pensadas globalmente, la historia del lenguaje mismo, que nunca es doméstica, del nacionalismo, que nunca es un cuento de un solo personaje, o el relato de las traídas y llevadas identidades, pero entendidas más lejos del “conócete a ti mismo” y más cerca al “yo mismo nunca soy yo mismo”.

Insisto, este es el reto. Seguro no tenemos que inventar todo de la nada. Meramente es preciso proporcionar, meticulosamente, material para una posible imaginación futura. Nada más. Oficio viejo: el historiador como *metoikos* que recaptura el sentido de extranjería y extrañeza de su propia historia sin perder su profesionalismo y devoción a la pesquisa; el quehacer del que no se encuentra cómodo en las fronteras disciplinarias y culturales que le ofrece su propia profesión, su propia nación. Creo que, de alguna manera, se trata de volvernos todos, en palabras del gran ensayista estadounidense James Baldwin, *American writers*, esto es, personajes sin “una sociedad fija que describir”, habitantes de “la confusión más rica, que en verdad crea oportunidades sin precedentes para el *American writer*”.

II. DIÁLOGO

M.T. ¿Es en verdad novedoso el impulso desparroquializador en la historiografía estadounidense —sea este anacionalista, transnacionalista o internaciona- lista—? ¿Por qué este impulso ha adquirido vigor en la última década? ¿Cree usted que la historiografía estadounidense, altamente institucionalizada, muy productiva y nacionalista, ha coadyuvado a volver nacionalistas y parroquiales otras historias nacionales? ¿Ubica usted alguna historia “extranjera” que haya servido a la historiografía de Estados Unidos para desparroquilizarse un poco?

Th.B. El impulso desparroquializador, como tú lo llamas, es nuevo y viejo. A lo largo del último siglo, la noción del excepcionalismo estadounidense, que no es lo mismo que el parroquialismo, pero que históricamente ha ido de la mano con éste, ha sido importante en la historiografía estadounidense, debido en parte a la Guerra Fría. Pero esta asociación no es o fue forzosamente inevitable; un razonamiento excepcionalista no necesariamente tenía porqué producir un enmarque parroquial para la historiografía estadounidense. El acento excepcionalista bien pudo alentar una historia comparativa, como, de alguna manera, sucedió en la obra de Louis Hartz. Pero en general no fue así.

Es importante hacer notar el desdén del parroquialismo en la historiografía estadounidense moderna. La historia de la esclavitud, desde tiempos de W. E. B. DuBois, sino es que desde antes, propuso un espacio mucho más amplio para la historia de Estados Unidos. Ni qué decir, la obra de DuBois fue escandalosamente minimizada por las corrientes dominantes de la profesión, pero no por la impresionante producción de un historiador como David B. Davis. Aunque Davis fuera educado en el campo de *American Studies* después de la Segunda Guerra Mundial, y su primer libro estuviera cargado del típico marco parroquial, para la década de 1960, Davis comenzó a revolucionar la historia estadounidense.¹ Puede decirse que este esfuerzo ha culminado reciente-

¹ *American Studies*: área interdisciplinaria surgida en la década de 1950, encargada del estudio académico de los mitos, cultura e identidad nacional de Estados Unidos. Solía incluir la historia, los estudios literarios y artísticos, y a toda suerte de análisis cultural, en el patricio, si vano, empeño de encontrar el *ethos* estadou-

mente con la institucionalización del punto de vista de Davis: la creación del Gilder Lehrman Center, en la Universidad de Yale.

En los sesenta, Davis retomó lo que había sido tratado como un tema bien delimitado, geográfica y temporalmente, en la historia de Estados Unidos (la esclavitud sureña de antes de la guerra civil) y lo redefinió como un “problema de la cultura occidental” y como un problema de “la era de la revolución”. (El episodio final del proyecto fue el examen de la “era de la emancipación”.) Por sí mismos los títulos de estos trabajos sitúan la historia estadounidense dentro de un marco más amplio de fronteras débiles; un marco que expande considerablemente la historia tanto de Estados Unidos como de los afroamericanos. Este trabajo ha sido simultáneamente nacional en su intención y anacionalista en la práctica, comparativo y transnacional. Aunque en menor medida, lo mismo puede decirse de la obra de Eugene Genovese durante las décadas de 1960 y 1970, estudios que fueron regionales y transnacionales, pero, por extraño que parezca, no nacionales.

Aunque los trabajos de Davis y Genovese fueron muy bien recibidos, no afectaron a otros subcampos de la historia estadounidense. Si uno analiza los departamentos de historia de Estados Unidos —el total de los departamentos y no sólo el campo de los historiadores dedicados a Estados Unidos—; resultan sorprendentes los principios nacionalistas que rigen su organización. Sin embargo, el agregado de sus contenidos es sorprendentemente cosmopolita. Parcial e inicialmente, esta amplísima cobertura tiene que ver con los Estados Unidos como nación de inmigrantes. Se han producido estudiosos de muy diversas competencias, nativos o casi nativos, en lenguas y culturas. Pero esa fase historiográfica —del periodo de entreguerras y de los primeros años de la posguerra— era, ante todo, eurocéntrica. La inversión en *area studies*, producto de la Guerra Fría, ensanchó la historia y otras disciplinas de las ciencias sociales

nidense. Lectores no familiarizados con este campo, pueden encontrar un panorama general del mismo en Gene Wise, “Paradigm Dramas in American Studies: A Cultural and Institutional History of the Movement”, en *American Quarterly*, vol. 31 (1979), pp. 293-33; Burton J. Bledstein, “American Studies: A Life and Times”, en *Michigan Quarterly Review*, vol. 19 (verano, 1980), pp. 410-420; y en Sacvan Bercovitch, “Discovering America: A Cross-Cultural Perspective”, en Carol Colatrella y Joseph Alkana (compiladores), *Cohesion and Dissent in America*, Nueva York, State University of New York Press, 1995, pp. 3-30.

hacia una cobertura más global.² Cualesquiera que sean los orígenes y motivaciones, no deja de ser sorprendente cuánto se invirtió (y se continúa invirtiendo) en el estudio de otras partes del mundo. No obstante, es igualmente sorprendente el aislamiento de los historiadores dedicados a Estados Unidos: viven ajenos a este ambiente cosmopolita.

En la mayoría de los departamentos de historia de las universidades estadounidenses, los *Americanists* [los que estudian a Estados Unidos] constituyen el bloque más grande; los departamentos, para todo uso práctico en políticas de contratación y *currícula*, se dividen entre *Americanists* y el resto. Sospecho que esta división era menos aparente antes de la Segunda Guerra Mundial. Recuérdese que muchas de las figuras más importantes de la generación de entreguerras conocía, pensaba y, con frecuencia, enseñaba historia europea al mismo tiempo que historia estadounidense. Por ejemplo, la tesis doctoral de Charles Beard versaba sobre el derecho medieval inglés, y el hombre se mantuvo al día en historia europea a lo largo de toda su vida; Carl Becker iba y venía entre la historia europea y la estadounidense.

Pero hubo un cambio en la década de 1940. Sirva de ejemplo Richard Hofstadter, acaso el mejor, más abierto e inteligente historiador de su generación. En la década de 1930, como muchos en la izquierda, Hofstadter siguió de cerca la política europea. Bien podría uno afirmar que los avatares europeos marcaron el compás de la vida intelectual y política de este historiador. Cuando rompió con el comunismo, a fines de los treinta, fue como si hubiera roto de tajo con la perspectiva europea. Al menos no hay mucho de ella ni en su tesis doctoral, terminada en 1942, ni en el libro que lo convirtió en un gran historiador e intelectual, *The American Political Tradition*. En el prefacio del libro, Hofstadter sostuvo la necesidad de una historia más llena de mundo, más a tono con una potencia mundial; sin embargo, con toda su lucidez, el libro poseía un acento intensamente nacional. Uno hasta podría tildar al libro de parroquial, por chocante que pueda parecer acusar a Hofstadter de parroquial.

² *Area studies* se refiere a la profesionalización de los estudios de partes definidas geográfica, cultural y políticamente; por ejemplo, los estudios “latinoamericanos”, o estudios “chicanos”, o estudios soviéticos. En gran parte, son el resultado del impulso estratégico de la Guerra Fría: conocimiento estratégico de lenguas, cultural, idiosincrasias y fortalezas militares.

Lo que quiero decir con todo esto es que el interés reciente por desparroquializar a la historia de Estados Unidos es tanto una recuperación como una novedad. Y si esto es así, quizá nos preguntemos de dónde venga este nuevo empuje internacionalizador. En gran medida viene, como fue el caso de la tesis de Turner acerca del final de la frontera en la historia de Estados Unidos, de las transformaciones percibidas en el presente. El balbuceo cacofónico de la globalización ha vuelto sospechoso el acento exclusivo en la nación. Pero existen influencias intelectuales más serias. Las contribuciones teóricas de fuera de la disciplina de la historia —de construcción, teoría poscolonial, estudios culturales y una industria menor de estudios sociológicos y antropológicos sobre la globalización— han tenido un importante impacto en los historiadores, aunque éstos decidan no escribir bajo el rubro de estas corrientes académicas.

El campo de *American Studies* se movió más rápidamente hacia estas nuevas maneras de estudiar la cultura estadounidense, quizá debido a su cercanía con los estudios literarios, más familiarizados con las nuevas teorías y los estudios culturales. Pero una vez que estas ideas —y las creo más ideas que teorías o métodos— fueron relativamente domesticadas en *American Studies*, entraron más fácilmente al discurso de los historiadores dedicados a Estados Unidos.

Por otra parte, ejemplos anteriores de historias más pequeñas a las de la nación, y la discusión alrededor de estas historias en la década de 1980, también promovieron la reflexión de la nación en términos constructivistas. Esta discusión proporcionó un importante cimiento sobre el cual levantar nuevas historias; aunque mucho de la llamada historiografía multicultural era tan nacionalista o tan centrada en la nación como la historia pluralista a la que el multiculturalismo pretendía oponerse.

Sospecho que en esto de estimular el viraje más allá de la nación como contenedor único, más importantes fueron las influencias intelectuales extradisciplinarias, aunque estadounidenses, que el trabajo de historiadores no estadounidenses. Si, como creo, E. P. Thompson fue el historiador extranjero más influyente de las décadas de 1970 y 1980, no debe olvidarse que su trabajo era profundamente nacional —resaltaba la peculiaridad de lo inglés. Tanto así que a algunos historiadores —inclusive Herbert Gutman— les preocupaba que fuera errónea la transferencia historiográfica de las ideas de Thompson a Estados

Unidos. No obstante, debe decirse que la influencia de uno de los estudiantes de Thompson, Peter Linebaugh, fue importante en el desarrollo de una noción afortunada y útil de Mundo Atlántico: un marco para una nueva historia. Y esto ayudó a los *Americanists* a salir de sus horizontes familiares. Historiadores ecológicos, como Alfred Crosby, también proporcionaron un cierto apoyo para reenmarcar los problemas históricos. Para algunos, por supuesto, el trabajo de Fernand Braudel ya había sugerido, entre otras cosas, la reconsideración de las fronteras y los significados de la nación.

Más allá de estas influencias intelectuales o de estos trabajos emblemáticos, deben mencionarse los estímulos institucionales. Varios programas de intercambio y colaboración con otras organizaciones nacionales de historiadores, desestabilizaron ciertos axiomas sobre la nación como única escala del trabajo histórico —especialmente los programas originalmente financiados por la Fundación Ford y patrocinados por The American Council of Learned Societies, IREX, CIES, Social Science Research Council, y otros, en las décadas de 1970, 1980, y en los primeros años de los noventa. Ciertamente, en mi caso particular, la participación en dichos programas así como otras oportunidades de ser un *Americanist* en tierra extraña, me permitió relativizar el peso de la nación.

No estoy seguro cómo contestar a tu pregunta sobre si la historiografía estadounidense, con su altísima institucionalización, ha sido instrumental en la parroquialización de otras historias nacionales. En efecto, el tamaño del *establishment* historiográfico estadounidense es enorme y por ello influyente, aunque sea por una pura cuestión de peso. Dentro del sistema educativo estadounidense, la nación constituye la unidad natural de las historias; una creencia sin duda reforzada por el predominio del campo de la historia estadounidense. Y ha habido una suerte de sobreposición entre la socialización de los estudiantes de historia en la disciplina y la naturalización de la nación. Esta experiencia seguramente ha reforzado, que no necesariamente creado, presiones para la emergencia de formas nacionalistas de entender la historia en general.

Mi impresión, sin embargo, es que debemos observar más allá de la disciplina de la historia para lograr una explicación adecuada de la parroquialización de la práctica histórica en el siglo xx. Si bien es cierto que la historia es importante contribuyente en la creación de súbditos nacionales, también lo fueron

otras instituciones y otras prácticas sociales, incluyendo esos temas de ninguna manera considerados tóxicos como la ciudadanía y las elecciones (ambos cosas sin duda bienvenidas). Creo que en esto lo más importante ha sido la creación de los Estados benefactores en el siglo xx. No puede exagerarse la cercanísima asociación entre Estado benefactor y el sentimiento de colectividad nacional. No es pues una coincidencia que simultáneamente ocurrieran, y ocurran, el colapso del Estado benefactor y el debilitamiento de las fronteras del Estado-nación, tanto en la práctica como en la historiografía.

La Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión hicieron retroceder un proceso de globalización que era seguramente tan robusto como el que hemos venido experimentando en la última década. Pero la guerra promovió sentimientos nacionalistas que aún plagan muchas partes del mundo; además, por todas partes las respuestas a la Depresión fueron nacionalistas, algunas veces exageradamente nacionalistas como fue el caso del fascismo. El éxito del Estado benefactor nacional, cualquiera que sea el adjetivo que uno quiera ponerle, justificó de alguna manera la materialización de la nación. En los Estados Unidos, los historiadores jugaron un papel clave en este proceso: después de la Segunda Guerra Mundial, sus narrativas estaban explícita o implícitamente centradas en el Estado benefactor nacional como la solución liberal de la historia de Estados Unidos. Ese fue el cuento de la historia estadounidense, especialmente para los historiadores liberales que mantuvieron la narrativa dominante de la historia de los Estados Unidos. Dado que el Estado benefactor nacional se convirtió en el punto final de llegada, la narrativa de la historia estadounidense no podía ser otra cosa que nacional en su formato. Cuando el punto de llegada se volvió problemático, surgió una invitación a enmarcar de distintas maneras la historia estadounidense, inclusive ajustando las escalas temporales y espaciales de esa historia.

M.T. Los llamados “cruces atlánticos” son visibles e importantes a lo largo de la historia, ¿por qué le es o fue difícil notarlos a la historiografía estadounidense? Además, parece ser que los “cruces atlánticos” son siempre horizontales (Estados Unidos-Europa); para la historia de Estados Unidos, ¿sería concebible una versión vertical (las Américas) de estos cruces? ¿Podría aceptarse en-

contrar que Buenos Aires, São Paulo, y Nueva York son personajes de la misma trama, o que la Guerra Civil es una entre las muchas guerras civiles del continente, disputadas para construir Estados-naciones? ¿Sería esto aceptable para historiadores educados en la tradición historiográfica estadounidense? Y una pregunta relacionada, ¿utiliza usted el término “América Latina”? Si es así, ¿qué significa para usted? ¿Qué es eso: una América “Latina”?

Th.B. Un amigo argentino me ha contado que a los jóvenes de un país se les enseña que existe sólo un continente americano. Ignoro como se enseña geografía en el Nuevo Mundo, pero en Estados Unidos las divisiones del Nuevo Mundo son fundamentales. No obstante, no deja de llamarme la atención el trabajo práctico necesario para trazar esas diferencias. Los Estados Unidos son Norteamérica, pero México, sin importar su posición continental, es América Latina; es implícitamente, pero no oficialmente, otra cosa que Norteamérica. Y Canadá no existe, aunque ocupe la masa territorio más grande de Norteamérica.

Los cruces atlánticos obviamente han constituido una importante conexión transnacional, y esta es una condición no recientemente descubierta sino más bien importantemente redescubierta. En el siglo XIX, la naturaleza transatlántica de las políticas, culturas y circulación de gente y cosas era un tema que se discutía obsesivamente en Estados Unidos, ya fuera desde una posición cosmopolita o nativista. Sin duda la primera generación de historiadores profesionales, con su etnocéntrica teoría genética de los orígenes anglosajones de la democracia estadounidense, dio por hecho la existencia de un cruce atlántico, pero no la de un intercambio no atlántico, no occidental. Siempre ha existido ambigüedad acerca de la relación entre las políticas y culturas estadounidenses y europeas; mas la presencia de Europa en Estados Unidos nunca ha sido puesta en duda. Durante el largo periodo de creencia en el excepcionalismo estadounidense, los cruces tal vez se minimizaron, aunque el conocimiento actual de los cruces atlánticos es más un rescate sofisticado que una verdadera novedad.

Uno puede afirmar sin temor a equivocarse que América Latina está poco representada en la historia, geografía, arte y literatura que se enseña en las universidades estadounidenses; pero igual podría decirse de la historia y cultura

canadienses, que son casi por completo ignoradas. Acaso no más de media docena de universidades estadounidenses enseñan algo sobre Canadá, ya sea como una historia nacional autocontenida, o como parte del campo de los hoy llamados “estudios norteamericanos”. Por razones obvias las ex potencias coloniales como Inglaterra y Francia, incorporaron a Canadá (y al Caribe) en sus respectivas versiones de Norteamérica, pero en Estados Unidos no ha pegado esta idea, ni en la percepción popular ni en la académica. (Recientemente, este parroquialismo se ha contrarrestado al menos académicamente en la escritura de la historia colonial bajo el techo de la historia atlántica.)

¿Qué es América Latina? En términos prácticos, es la parte hispanoportuguesa parlante del Nuevo Mundo, la que se asume hecha mapa en continentes separados, pero que en verdad está definida por el idioma y, de cierta manera, por suposiciones acerca de la diferencia racial. (En el caso del Caribe francófono, se trata más bien de una diferencia racial antes que lingüística lo que lo hace parte de Latinoamérica.)

Lo más interesante es la idea de que en tanto que todos los europeos que migraron a Estados Unidos son considerados esencialmente europeos, inclusive después de generaciones, los europeos que migraron a Latinoamérica no son vistos como europeos, ni siquiera los más educados (en modelos europeos), los cuales están casi universalmente más familiarizados con las culturas y las experiencias europeas que la mayoría de las élites de Estados Unidos. Los latinoamericanos son concebidos como culturalmente diferentes, no son parte de la llamada civilización occidental. Pero existen pocos países como los latinoamericanos, en los cuales la Iglesia católica, una de las instituciones europeas más antiguas e importantes, haya jugado un papel tan protagónico, aun considerando las particularidades religiosas que se desarrollaron en esa región, y la fuerte tradición anticlerical latinoamericana.

Aventuro que una de las siguientes fronteras historiográficas es el reconocimiento de las conexiones, comparaciones y relaciones entre el Norte y el Sur. Este estudio ha sido más desarrollado en lo referente al tema de la esclavitud atlántica y en la creciente literatura sobre los “encuentros” atlánticos de larga duración. También la historiografía de las llamadas *borderlands* se está volviendo cada vez más importante en la conquista de esta frontera historiográfica. Así

mismo, están surgiendo importantes estudios de las relaciones económicas y los sistemas de migración entre el Norte y el Sur.

Hoy muchos programas de *American Studies* están rastreando las huellas de las conexiones Norte-Sur. En la universidad de Nueva York (NYU), por ejemplo, al menos dos estudiantes incluyen a Brasil en sus tesis doctorales en *American Studies*, e inclusive en historia, que parece moverse más lentamente hacia nuevas corrientes; hay en NYU un estudiante que acoge al Brasil y a Sudáfrica en un estudio de las prácticas laborales de la Ford Motor Company. Fuera de la historia y de los programas de *American Studies*—que por sí solos son muestra de un cambio importante—, los departamentos de literatura comparada, como el de NYU, finalmente están incluyendo a Estados Unidos entre las literaturas estudiadas, y esto es parte de una preocupación, nueva y vital, por estudiar las relaciones y comparaciones literarias entre el Norte y el Sur.

Lo que anticipo es la emergencia de una triangulación Norte-Sur-Este que abarcará a Europa y África (así como, a su tiempo, una noción de cruces del Pacífico que ya ha comenzado en historia y estudios culturales y literarios). La transferencia de culturas y experiencias del viejo al nuevo mundo ha sido al mismo tiempo uniforme y extremadamente diferenciada, consecuencia de un proceso permanente de encuentros entre la gente que llega (africanos y europeos) y las particularidades de sociedades indígenas, y diferentes ambientes ecológicos.

Por otro lado, durante mucho tiempo me ha fascinado la comparación del desarrollo de ciudades europeas, estadounidenses y latinoamericanas, del siglo XVII a nuestros días. Varios factores de importancia han hecho similares a todas las ciudades de las Américas (incluyendo, desafortunadamente, cosas como los altos índices de violencia que derivan de su propio nuevomundismo). Con todo, las ciudades latinoamericanas parecen tener más en común con sus contrapartes europeas que con las ciudades estadounidenses; la muestra más clara son las catedrales y los centros históricos, que no existen en Estados Unidos; aunque a veces los centros históricos sean confundidos con las versiones estadounidenses de *downtown* o de *CBD*. En los últimos tiempos, sin embargo, se ha dado una convergencia entre ciudades del Norte y del Sur, lo cual ha hecho más parecidas a estas ciudades, y menos propensas a observar modelos europeos.

M.T. Lo que en Estados Unidos conocen como *progressive history*, de las décadas que van de 1890 a 1920, así como la llamada *consensual history*, de la década de 1950, o la historia de la nueva izquierda, de las décadas de 1960 y 1970... todas estas escuelas parecían tener un contenido y una teleología evidentemente morales. Hoy la historia académica estadounidense produce toda suerte de perspectivas “pos-esto” y “pos-lo-otro”, con lenguajes y metodologías muy sofisticadas —no parece haber una teleología ni una preocupación central. Sin embargo, ¿cuál es la esperanza? ¿Qué utopía, sea política o espiritual, mueve los debates, frecuentemente acalorados, de la historiografía estadounidense, hoy cargada con preceptos aparentemente descriptivos, en realidad éticos (por ejemplo, raza, clase, género, lo subalterno, patriarcal, etcétera)?

Th.B. La vida intelectual reciente, gracias a su compromiso con una mayor inclusión, ha despreciado tantos términos de los abarcentes que me resulta difícil identificar una preocupación central, una creencia en una dirección colectiva para la historia o la política o, al menos, la fe en un conjunto común de valores o compromisos morales. La preeminencia del “pos-esto” y “pos-lo-otro” es un reflejo tanto de un momento de intenso compromiso como de ubicua negación; de pasión moral, pero con una dificultad de expresar en público una ambición moral colectiva.

¿Existe algún desafío común que unifique y proporcione una trascendencia compartida (o inclusive universal) a las pasiones intelectuales del presente? Las pasiones políticas e historiográficas de hoy son liberacionistas, pero con toques generacionales. Hace setenta años uno hablaba de la liberación de la clase obrera, y hace cuarenta años de los movimientos de liberación nacional; los intelectuales de hoy están más propensos a una forma de liberación que es a la vez más universal y más personal. Por supuesto hay mucha discusión sobre la liberación de multitud de grupos, especialmente grupos raciales, grupos identificados por género y sexualidad, y otros que han tenido la condición de “otredad” impuesta sobre ellos. Pero en esencia a mí me parece que la preocupación es más individualista, igualitaria (y por ello universalista al menos como aspiración). La actual generación está comprometida con una noción general de autoimagen (*self-fashioning*). Mas, ¿es posible que los individuos autcreen

su propia imagen? ¿Pueden pasar a través de las “construcciones” de identidad que les han sido impuestas y así crear sus propias afiliaciones e identidades? (Y pregunto esto al mismo tiempo que reconozco el inconfeso esencialismo de los estudios culturales y de la política de las identidades que parecen compartir estas aspiraciones.)

Esta visión surgió de las esperanzas y decepciones de los sesenta y setenta, en forma de dos legados quizá perversos. Por un lado, el interés en la liberación personal es un evidente legado de esos años, y una idea bienvenida, aunque uno podría sostener que ahora esta obsesión autoliberadora ha sido llevada al extremo de una cultura del narcisismo. El otro legado viene de una cara menos feliz de los sesenta y setenta: la creencia en la inmovilidad de las instituciones, en la omnipresencia del poder material, en la futilidad de la política convencional, inclusive en la ilegitimidad del Estado, todo lo cual ha minado la noción de ciudadanía y ha inflado la importancia de la identidad.

Contra lo que algunos críticos creen, los activistas que se volvieron profesores no abandonaron su compromiso. Lo que sí hicieron fue cambiar los términos de éste y redefinir una política. Por darle la vuelta a los obstáculos materiales e institucionales del cambio social a que aspiraban (ellos dirían, por superarlos), acabaron por dedicarse a la cultura. En la lógica de este giro culturalista en el análisis social y cultural, hay mucho que aplaudir; en verdad, cultura y lenguaje son aspectos más poderosos de lo que muchos creían antes. Más aún, hoy es clara la existencia de la importante política de las representaciones, la cual, entre otras cosas, habló y habla directamente a múltiples y prístinas preocupaciones identitarias; una política de representaciones que quizá fue vital para impulsar el surgimiento de estas preocupaciones. Sin embargo, temo que este giro culturalista, nacido en parte de la desesperación, atribuyó de tajo un poder desmedido a la cultura y movió la política a un plano donde no es válido ni posible el análisis detallado de instituciones y transformaciones materiales. Para poner el pirolo en otros términos: el giro culturalista trata mejor al significado que a la causalidad. Pero el problema radica en que un discernimiento de la causalidad es crucial para cualquier política de la transformación.

La política de la cultura no complementó sino que desplazó a la política concreta, la de las condiciones materiales. Por mucho la batalla fue ganada en

el terreno de las listas de lecturas de las lecciones universitarias, de los seminarios académicos, pero la victoria fue mucho menor en el terreno del cambio demográfico en los salones de clases o en el lugar de trabajo. Y, en el caso de *affirmative action*, tuvo que sufrirse una trágica pérdida. Un análisis radicalmente lingüístico o discursivo, es un complemento ideal del análisis material, pero no es su alternativa adecuada.

Lo que acabo de decir es muy breve y esquemático, pero creo que captura el flujo de la vida y temas intelectuales que llegan de la actual política de la historia. Importantes ganancias se han obtenido en esta nueva política de la historia, pero ahora requiere ser ampliada para reincorporar las cuestiones institucionales, materiales y causales que fueron, de alguna manera, dejadas de lado; cuestiones que con mucha frecuencia fueron utilizadas y dadas por sabidas antes que analizadas. Creo que hay señas de que ya está en curso esta consolidación del método y esta depuración de la política de la historia. ❧